



EL PLEITO DE LOS PERROS.

Esta lámina es una fábula dibujada por Freeman, y que representa, como todos sus dibujos, una escena de la vida humana parodiada por animales.

El asunto es un gran pleito que ha dado lugar á largos debates, y cuyo resultado esperan ambas partes beligerantes. El juez es un perro de aguas del mayor tamaño, y cuya larga melena ha respetado el dibujante para recordar la peluca inmensa de los magistrados ingleses. Acaba de quitarse las gafas, cual si renunciara á ver mejor, y, recogido en su fuero interno, con la mirada tranquila, apoyando una pata sobre el libro de la ley, pronuncia la sentencia!

A la derecha se halla el grupo de los litigantes á quienes favorece su fallo. Uno de ellos, perro perdiguero, colocado en la parte mas baja de la lámina, reflexiona con el hocico apoyado en el suelo, comenta en su imaginación las palabras del juez, y espera con calma la conclusión de los interminables *considerandos*. Mas arriba uno de sus consortes, perro de presa grande con la cabeza negra, confiando en su fuerza, que considera sin duda como el mejor derecho, se ha dormido tranquilamente; mas adelante otro perro escucha encantado: la causa ha sido hábilmente manejada, y esa es la verdadera justicia. En fin, en la parte superior, y medio oculto por el sillón magistral, otro intercesado parece convertirse todo en ojos y oídos; se sonríe muy contento. Ha ganado su pleito.

A la izquierda están los litigantes derrotados.

El que está en la parte inferior de la lámina levanta los ojos al cielo; pone á los dioses por testigos de la sentencia infusa. A su lado un perro enorme de pastor apricta los dientes con fuerza: sus orejas pequeñas, sus ojos medio cerrados, su aspecto feroz y ladino á la vez, le hacen aparecer como un enemigo temible. Una galga, personaje discreto y melancólico, le mira cautelosamente; sin duda te-

me hallarse comprometida por alguna violencia de su peligroso consorte.

Inmediato á la galga, un gozquillo que se conoce á sí mismo, harlo débil para rebelarse contra el juez, le insulta sacando la lengua y haciendo muecas; detrás de él un perro grande rechina los dientes; le dice á su vecino con una fisonomía muy poco mansa: « ¡Ya lo veis, nos condenan! ¡Permita Dios que yo muera si no consigo vengarme del gran juez! » El vecino trata de apaciguarle con el ejemplo de su propia resignación.

Completan la escena el portero de estrados, que con las patas apoyadas en la barandilla que hay en el fondo de la sala, grita dirigiéndose al público: « ¡Silencio! »; el alguacil, trayendo entre los dientes una pieza justificativa que llega ya muy tarde, y el escribano actuario colocado delante del juez y perteneciente á la misma casta, aunque mas pequeño.

La malicia y la variedad de las expresiones han hecho célebre esta composición entre los ingleses, cuya afección á la especie canina es tan conocida.

## GUADALAJARA,

REPUBLICA MEXICANA.

Ciudad grande, populosa y magnífica, capital del departamento de Jalisco, se halla á los 21 grados de latitud septentrional, y á los 101 de longitud occidental de Madrid; fué fundada por Nuñez de 2 de Junio de 1830.

Guzman al principio de la conquista. Francisco Cortés, que invadió todo el territorio de Jalisco, la llamó Espíritu Santo, que un obsequio del jefe conquistador se mudó en el año 1550 en el de Guadalajara, por ser Nuñez de Guzmán natural de Guadalajara de Castilla: tuvo esta vecindad por primer jefe español á Juan Oñate, y el último fué el general Cruz, á quien la ciudad le debe una gran parte de su ornato.

Contiene 60,000 habitantes, 762 calles, 15 edificios públicos con numerosas casas, catedral 1, parroquias 3, monasterios 12, recogimientos 4, hospitales 2 (Belen y San Juan de Dios), 1 cementerio público, 4 teatros y 4 colegios. Al exámen prolijo del ojo del observador, se percibe un cierto aspecto oriental en la construcción de la ciudad. Las casas, como todas las de las ciudades de la América española, están dispuestas en manzanas cuyas casas generalmente tienen solo un piso cubierto con una azótea. Todas las manzanas tienen casi igual tamaño, y forman calles rectas, anchas y largas tiradas á cordel. Las mejores casas se hallan en el centro de la ciudad. La descripción de una de las primeras bastará para formar tal vez una idea de la planta usual de las de Guadalajara. Un solo edificio ocupa algunas veces media manzana, y una pared lisa y triste, variada únicamente con un zaguán muy alto, forma el frente de la calle, excepto cuando la convierten en tiendas que no tienen comunicación con el interior de la casa. Los cuartos ocupados por la familia están bien distribuidos y amueblados con lujo, según las proporciones de las que habitan. Unas cuantas casas tienen dos pisos; en cuyo caso un gran balcón ó corredor descubierta da la vuelta alrededor del piso alto por la parte interior, y á la parte exterior tienen grandes balcones adornados con flecos de flores odoríferas de todas estaciones que los dan una forma muy pintoresca y graciosa.

Por el centro de las calles principales de Guadalajara corre un arroyo que contribuye esencialmente á llevarse la inmundicia. Estos pequeños canales residen el agua por medio de una presa que atraviesa la ciudad hacia el molino de las Beatas hasta los baños de los Colegiales, que se hallan en el NE. de la población.

La catedral es un hermoso edificio, aunque no tiene ligereza su arquitectura: su fachada ocupa el lado N. de los portales, que es un magnífico cuadrado adornado de arcos, pero sin ningún mérito artístico. A lo largo de estas galerías se encuentran bellas y bien surtidas tiendas de toda clase de mercancías, y numerosas pilas de frutas del país, cuya exportación se hace particularmente para los departamentos interiores. Su pavimento se cubre en las horas de la noche de señoritas que con sus madres y allegados concurren á verilizar sus compras. Hácese muchos á *parar el rato*, convidando su fresco apacible á departir sus cuartos y sus placéres con otros seres de la especie humana, que son las huris de este eden, á quien el sol mas puro baña con su luz y las comunistas inspiración.

Entre los conventos desculan los de San Francisco y el Carmen; el primero por sus altas y sólidas paredes, sus cómodos y ventilados claustros, aunque en el mayor desuso; el segundo, que se halla al O. de la ciudad, por su dilatada y productiva huerta. También es digno de mencionarse el monasterio de las hijas de Santa María de Gracia, cuyas prácticas religiosas no son tan severas como en los demás establecimientos de esta clase; hay muchas religiosas, las cuales viven separadas en sus celdas; trabajan, bordan y hacen dulces exquisitos; son primorosas para adornar con flores artificiales las piezas de barro de Tonalán, como tinajas, cántaros, jorives, etc., destinados á mantener fresca el agua, darle un sabor y olor tan agradable y particular, que basta á beber, y aun á comer el barro de que están formadas las vasijas.

Las parroquias, que como tenemos indicado son cinco, comprenden las del Sagrario, Santuario de Guadalupe, Jesús, Mexicalcingo y Anasco, que al transcurso del tiempo han sufrido la suerte que ha habido á los países cristianos con ocasión de la indiferencia que en materias religiosas ha sustituido al fervor de los antepasados, bien que la indiferencia no es tan absoluta que llegue á la incredulidad. No se ven allí en esta época á los jóvenes con el entusiasmo que tenían en el cumplimiento de las prácticas nuestros abuelos. Estos templos en los días feriados sirven de cita para los amantes, en vez de ser lugares solo de veneración á Dios y á sus santos.

El palacio es la residencia del comandante general del departamento: es de buen aspecto; el ayuntamiento, la cárcel y otros edificios públicos no merecen particular mención. La alameda, á pesar de su frondosidad, no está de moda por ser muy poco usado entre las damas el ejercicio á pie, puesto que para ellos no es pasen el caminar. No obstante, este pasen es concurrido los días de fiesta; amenos y deliciosos, sus calles de alisimos árboles con sus asientos correspondientes de tacho en tacho, ofrecen solaz y placer.

La temperatura de Guadalajara es moderada, no está sujeta á ninguna enfermedad que la sea endémica. Las personas que llegan á los cincuenta años cumplen generalmente los ochenta. Parece que el

clima favorece al despejo y viveza de las facultades intelectuales. Los nacidos en aquella ciudad tienen grande aptitud para toda clase de oficios, y son los mejores zapateros, sastres, barberos, carpinteros, etc. Los Leperos miran con abandono los dones que la naturaleza les prodiga, y viven infelizmente si comparamos sus gozes con los que disfrutan los hijos del país. Son los Leperos generalmente de bastante estatura; se hallan con frecuencia caras bonitas entre las mugeres; los hombres son atrevidos, sociables y francos en sus maneras; tienen buen humor y son obsequiosos; pero al mismo tiempo tan alivos, que si alguien los levanta la mano bien puede prepararse, porque en el acto sacan el cuchillo ó el machete para vengar la afrenta. Llevan pintada en la frente la libertad que gozan, y en sus acciones y movimientos la independencia en que se crían. El timido indígena, criado en una grande esclavitud, es tan sumiso que escaradamente parece pertenecer á la especie humana; durante la guerra de la independencia observaron los indios de Guadalajara una estricta neutralidad á pesar de los esfuerzos de las autoridades españolas para ganarlos y seducirlos á que obrasen contra los patriotas: no son inclinados á ningún partido, y solo se dedican á sus trabajos y á sus familias. Los que han recibido la religión son adictos al culto y solemnizan las fiestas; los padres son muy amantes de sus hijos, y éstos de sus padres; los esposos son mas fieles que los de otras naciones. Casi toda esta casta pertenece á la clase inferior del pueblo ó á la de los campesinos.

Los criollos y los extranjeros, que componen el tipo blanco de la ciudad, son muchos y predominan la sociedad por su instrucción y riqueza. Las mugeres en general carecen de instrucción. Las primeras clases de la sociedad son de nobles inclinaciones, sociables é instruidas. La virtud de la hospitalidad desterrada por el lujo y refinamiento, se presenta en Guadalajara como en los países interiores bajo formas tan nobles y agradables que tanto el filósofo como el fatigado caminante ven que se aproxima al refinamiento de la felicidad, hija de la civilización, y temen que no se contagie con las maneras afectadas que van reemplazando á la sencillez primitiva, hija del corazón.

La agricultura en Guadalajara, como en México, es la fuente principal de su riqueza, y ha adelantado notablemente desde fines del siglo pasado. En la república mexicana los campos mas bien cultivados son las llanuras que se extienden desde Salamanca hasta Ferrocarril, Guanajuato y la ciudad de Leon. En estos terrenos se cultivan con profusion todos los frutos de la zona tórrida, así como la caña, el maíz, el tabaco, el frijol, el plátano, la batata, el añil, el arroz, el algodón (lo hay muy escaso en las costas occidentales desde Acapulco hasta Colima). En Santiago se conocen las máquinas que sirven para despepinar. Se hacen además buenas cosechas de centeno y de cebada, y muy abundante de chile, artículo de general consumo. Cultivase también en grande abundancia el *mapuy*, de cuyo jugo se hacen el *palpus* y el aguardiente *mescal*. Esta bebida se tiene por estomacal, fortificante, y sobre todo muy sana, y la recetan á los enfermos.

Las frutas prosperan también, particularmente en las tierras cálidas y en las costas. La *plta*, la naranja, la cidra, la lima, el limon, la granada, la guayaba, se encuentran con abundancia en las cercanías de Guadalajara y en sus huertas. Solo falta la multiplicación del trabajo para hacer inagotable la retribución de la tierra.

El ramo de la ganadería se propaga con mucha facilidad á causa de la abundancia de buenos pastos, especialmente el vacuno, de que se hace el mayor consumo.

El ganado lanar es menos numeroso que en otros departamentos. Hay abundancia de caballos y son de mucha estimación.

También son numerosas las bestias mularas, y las hay de muy buena calidad; algunas de mucho precio por su fortaleza y paso cómodo, llegando á valer hasta quinientos duros.

La labor de los campos se practica por lo general con bueyes; el empleo de las producciones agrícolas se hace con mulas, y el servicio menor con burros.

Hay muchas haciendas de labor en el departamento de Jalisco, particularmente en las cercanías de Guadalajara. La que sobresale sobre todas las demás es la de San Clemente, que pertenece en el día á D. Manuel Luna, rico comerciante de la capital, que la hace productiva con su buena administración. La cria de ganados se fomenta. Los brazos dedicados á lo material de las labores son los de los indios y rancharos (gente del campo y grandes ginetes); el trabajo es recio, muy especialmente en las labores de minas.

Las minas principales en el departamento de Jalisco son las de Bolaños de Asientos de Bolaños, de Hosiopiquillo de Copala. Los ingleses con sus locas especulaciones creyeron enriquecerse explotando de la mina, y han recibido crueldes desengaños, debidos á la nueva introducción que han hecho para la explotación, sustituyendo al antiguo método de malfactos, las máquinas de vapor para el desagüe, cuya importación cuesta otra tanta que la plata que es-

traen de las vetas. La mayor parte de las riquezas metálicas pertenecían á los particulares, quienes las vendieron ó arrendaron á las compañías inglesas que se establecieron al principio de la independencia para convertir en meros monopolios y especulación particular este ramo.

El gobierno en el día no tiene mas mina que la del Fresnillo (en el departamento de Zacatecas), y Santa Ana en 1836 la arrendó por doce años á la compañía de minas Yacatecano-Mejicano.

Los dueños de minas *pagan al gobierno el diezmo, al derecho del uno por ciento, y el de monedaje y refurgaje.* Parte de las minas de Méjico están ya agotadas, y parte se hallan ya tan profundas que no pueden beneficiarse con utilidad: agréguese á ello los gastos, que son exorbitantes, y la mala dirección de los trabajos, y tendrá el lector una idea de la pobreza de sus productos, que en un tiempo han sido tan cuantiosos que causaban envidia y admiración á las potencias extranjeras. Cuando el territorio de Méjico era colonia española, las provincias de Guanajuato y Zacatecas daban ellas solas mas de la mitad de toda la plata que hoy se extrae en todo el continente de Méjico.

Las minas de la Valenciana y Rayos, Fresnillo y Sombrierele son las que están en la actualidad mas en boga. En el artículo de Guanajuato daremos una noticia mas circunstanciada de las dos primeras. Tambien en el interior se ha descubierto en 1840 una rica mina en los cerros de Cuhacán (departamento de Sinaloa), llamada Nahogame ó Guadalupe Calvo. Pero no es aquí donde debo dar una noticia de ella, y me limitaré á indicar las que se hallan en el derrotero del itinerario de Guadalupe á Méjico.

El comercio es la vida de la república mejicana, y los *Lapies* (asi se llama á los hijos de Guadalupe) han experimentado grandes beneficios desde la abolición de las antiguas leyes. El movimiento mercantil va adquiriendo actividad progresiva; la emulación se prepara; los consumos se aumentan, y se van percibiendo hasta la evidencia las ventajas susceptibles del comercio libre. A medida que se extiende el giro mercantil de los puertos de San Blas y Mazatlan, las necesidades de las pequeñas comodidades de la vida erocen, el consumo de las manufacturas europeas se multiplica á un grado incalculable, y la Inglaterra, que es la nación mas manufacturera del mundo, saca la debida ventaja de circunstancias tan favorables. En el día los vinos y objetos de gusto de Francia y muebles de los Estados-Unidos no pueden entrar en parangón con los percales de Manchester, los lienzos de Glasgow, los paños finos de Leeds ó la quincallería de Birmingham; todo lo cual está probado por la mayor proporcion de metales remitidos á Inglaterra en el banco de Escocia, comparados con las remesas hechas á otras naciones.

Hasta el presente se limitan las producciones de este suelo á sus minerales, á sus productos industriales, que consisten en rebosanas, cordobanes, mantas de Jato, sombreros ordinarios, jabon y otros renglones peculiares del país, que sirven al consumo interior y se esportan para otros departamentos y territorios; tales son la harina, el maiz, el frijol (ó judías), los dulces secos, etc.

Guadalupe es cabeza de partido, tiene ayuntamiento de primer orden, era residencia de los intendentes, en el día lo es del comandante general, y dista de Méjico 200 leguas. El partido es de mucha estension, llega hasta las barrancas de Moehiltite, hasta un poco mas allá de San Juan de los Lagos; comprende muchos pueblos como Zapotlán, Atotonilco el Chico, Saplótanejo, Tepatitlan, etc. Tiene á una legua un pueblecito que sirve de recreo á los vecinos de la capital, llamado San Pedro, cuyo camino es hantísimo y muy concurrido en la temporada de fiestas: estas principian en setiembre y se concluyen á mediados de octubre. Varios particulares tienen casas de campo. La sociedad durante las ferias es numerosa y agradable. Hay bailes públicos y particulares, y en todos ellos, así como en funciones particulares, se hallan tanta belleza, elegancia, gracia, y quizás mas alegria y jovial franqueza que se encuentra en muchas reuniones de Europa. Además, en este pueblo de reducido vecindario, la llegada de un forastero á una hacienda aislada, como en todo el departamento de Jalisco, es un motivo de satisfacción, y su aparición no dá motivo á prevención: el carácter de forastero es título bastante para ser bondadosamente recibido, sin que el ser rico ó pobre influya lo mas mínimo en su acogida.

VICENTE CALVO.

**CAPRICHOS CLASICO.**

*Retruélla á Ursula.*

Que el buen don Lázaro á don Facunda  
con distimulo porque *retrogrado*  
combata émulo contra el depuso

en cierta célebre  
causa que hubo  
cuando grítabas  
*rey absoluto,*  
*estas son, Ursula,*  
*cosas del mundo.*

Que Celia tímida  
oiga con susto  
la tierra súplica  
de Veremundo,  
y luego intrépida,  
y sin escrúpulos  
con otros diálogos  
tenga nocturna,  
que nunca hablará  
del santo tundo....  
*estas son, Ursula,*  
*cosas del mundo.*

Que el bajo Sátrapa  
con fiero orgullo  
hoy sea frenético  
sudaz tribuna,  
y al fin *satélite*  
de nuevo influja  
con vida opipará,  
con mando y lucro  
hable catófico  
del santo nuncio....  
*estas son, Ursula,*  
*cosas del mundo.*

Que el que malévolo  
en grado sumo,  
menguado hipócrita  
de innoble uso,  
al poder téngale  
amor profundo,  
y si la crónica  
muda de rumbo  
diga fámélico  
yo me pronuncio....  
*estas son, Ursula,*  
*cosas del mundo.*

Que la azabierata  
de nuevo coño  
condese en *partibus*  
con don Abundio,  
notorio *viático*  
de origen turco,  
trate á los prójimos  
con aitos humos,  
y haga en su círculo

Badajoz y Setiembre, 1844.

**ESTUDIOS HISTORICOS.**

**CANTORES ANTIGUOS.**

Es indudable que en todas las naciones han precedido las composiciones poéticas á las de prosa, porque la poesía es ciertamente el fruto de la imaginacion y del sentimiento. Una especie de instinto inclina á los hombres á cantar sus placeres, su felicidad, los dioses que adoran, los héroes que admira, los hechos que quieren grabar en la memoria; y les enseña ó servirse de la medida ó del ritmo como medio poderoso para expresar sus ideas con mas adorno, energia y vehemencia. Por esto se han encontrado y encuentran todavia versos entre los salvajes, especialmente de las comarcas americanas. El estímulo de las pasiones ha contribuido á los progresos del bello arte poético; pero su objeto debe ser el progreso y perfeccionamiento de la humanidad.

Así es que al recorrer los anales de los antiguos pueblos se ven ciertos hombres cuya principal ocupacion era dedicarse á la versificación y al canto, porque la poesía estaba íntimamente unida á la mú-

prudente espurgo,  
*esta son, Ursula,*  
*cosas del mundo.*

Que el buen Demóstenes,  
de quien me burlo  
al verlo enfático  
hablar en público,  
se juzgue célebre  
magnate culto,  
porque un periódico  
que llama *sujo*  
crudas filípicas  
pone á *caabrupto*....  
*estas son, Ursula,*  
*cosas del mundo.*

Que el ruin don Próspero,  
talvado y brusco,  
abrige insulas  
de hombre sesado,  
de su metálico  
haciendo anuncios,  
cuando en sus trápales  
es, y su hijo  
tacaño y misero  
como niaguado,  
*estas son, Ursula,*  
*cosas del mundo.*

Que con andróminas  
y con dibujos  
de amor volcánico  
y celos *crudos*  
doña Gerónima  
hable con susto...  
cuando ya sábase  
que tiene en Burgos  
la mala *peora*  
nielos barbudos....  
*esta son, Ursula,*  
*cosas del mundo.*

Que el pobre acólito  
que nunca supo  
cual yo los términos  
de lo que apuntó,  
létrillas fáciles  
pretenda insulto  
escribir clásico  
sin dar en rudo...  
tambien son, Ursula,  
cosas del mundo.

J. GUILLEN BOZARAN.



sica; de modo que eran á un mismo tiempo cantores y poetas. Como en las épocas primitivas la primera de las artes fuese ese sublime destello de la mente humana llamado poesía, y en verso se escribiesen las leyes que debían regir á los pueblos, la historia, las máximas puras de la moral, y los preceptos de la religion, los hombres inspirados ó los legisladores que redactaban en verso esos preceptos, sabían que solo cantándolos al pueblo podían conseguir hacerlos mas enérgicos, y que quedasen grabados en la memoria para que se pudiesen recordar con mas facilidad. Entonces no se conocía otro medio mas eficaz para transmitir de padres á hijos, y de generacion á generacion los conocimientos y reglas que forman el fundamento de las sociedades. De aquí se originó la necesidad de que existiesen públicos cantores, los cuales, bajo diversos nombres, principiaron en el Oriente, cuna y origen de todos los prodigios y de todos los portentos increíbles, concluyendo en el Occidente á fines del siglo XVI, degenerados ya y sin la importancia que tuvieron en los antiguos tiempos, pues indudablemente es inmensa la distancia que separa á los últimos de los primeros.

Si en los principios se ocupaban estos cantores en cantar las leyes y la religion al mismo tiempo que en suavizar con la música la condicion del hombre rudo de la naturaleza, los cantores ambulantes de los últimos siglos no se les parecen en nada; no eran otra cosa que unos farsantes histriones ó juglares, que con sus bufonadas mendigaban su sustento y el de sus familias; verdaderas bordas ó tribus de gente musical, pícarosca y embaucadora, cuyos excesos tuvieron que ser puestos á raya muchas veces por las leyes.

Vamos á presentar esa serie de poetas cantores, verdaderos tipos originales, cuyas costumbres sirven para revivir el pasado, para poner de manifiesto mucha parte de la fisonomía de los antiguos tiempos, y son datos que hay que tener presentes para la historia general del mundo.

## I.

## PROFETAS.

Remontándonos á las primeras épocas marcadas por la Biblia, nos encontramos con los profetas, que son como si digésemos los



Bardos de los pueblos de Israel. No fué esta ocupacion esclusiva de los hombres, pues se encuentran tambien varias mujeres que la tenían. Por lo que se deduce del capítulo XV del Exodo, Miryam, hermana de Moisés, era una profetisa que debia tener mucha práctica en la versificación y en la música, pues que cantaba á la cabeza de un coro de mugeres, acompañándose con el Tof ó sea tamboril. Mas tarde, despues de la muerte de Moisés y de Josué, encontramos á la profetisa Debhora, cedebera por un himno de triunfo que compuso y entonó en alabanza de Yoaél.

En los tiempos de Saul veámos á muchos profetas reunidos por él en escuelas ó colegios, en donde aprendían bajo su direccion la literatura hebrea, que por entonces consistia en la poesia y en la música.

Estos profetas acompañaban sus profecías y sus cantos con la cítara y otros instrumentos, y á veces sorprendían con su habilidad, llegando muchos á alcanzar alto renombre y lugar distinguido en las cortes de los reyes de Asiria.

Luego que Samuel hubo unido á Saul como rey de Israel, al decirle lo que debia suceder en aquel dia, le añadió: «Al punto que vayais á entrar en la ciudad encontrareis una banda de profetas que bajarán profetizando y llevando consigo el salterio, el timpano, la libia y la cítara.»

Sabido es que la mayor celebridad de David la debe á la composicion de sus salmos y cantos lígubres, que él mismo se acompañaba con su harpa; y el profeta Jeremias compuso lamentaciones que se cantaron en Israel durante mucho tiempo por los demás profetas. Los israelitas tenían tambien colegios proféticos en otros varios puntos: en Najoth, en Rama, en Bethel, en Jericó, en Jilgal y en Jerusalem.

El profeta marchaba con la cabeza descubierta, calzaba unas sandalias de cuero, y vestia una túnica de lana burda, cubriéndose todo con una especie de capa corta llamada melota, hecha de pieles de carnero.

Se dice que hubo verdaderos y falsos profetas; pero como nosotros no tenemos necesidad de entrar en el exámen de este punto, nos limitamos solo á decir que hubo profetas, y que además de ser cantores antiguos de Israel y de Judá, influyeron demasiado en las costumbres y en las cosas de aquellas tribus.

## II.

## RAPSODAS.

En los dias bellos de la Grecia antigua, y aun antes de que Homero reuniese en sus poemas toda la gracia, fuerza y magestad del mejor, mas elocvente, rico y armonioso idioma que ha pronunciado la lengua humana, se conocian cantores ambulantes, que pulsando la lira heptacordos, formada de una concha de tortuga, y componiendo trozos poéticos, paseaban las ciudades y los campos, cantando el amor ó celebrando las hazañas de los grandes guerreros. Es-



tos cantores eran muy estimados, y los escuchaban con placer, porque sabian recorrer las cuerdas de su instrumento para sostener las entonaciones de sus yambos y troquéos, por los cinco modos de su música y de su melopea. Sus modos principales eran el *frigio*, que espresaba un carácter religioso; el *lidio*, melancólico; el *dórico*, guerrero; el *jonio*, festivo y alegre, y el *cólio* sencillo; pero el modo empleado con preferencia en los campos de batalla era el *arsio*, en el que dichos cantores entonaban 864 años antes de Cristo, el *embaterion* ó canto helicóo con que Tirteo, pobre cojo y maestro de escuela de Atenas, inflamó los ánimos de los laedemonios que derrotaron completamente á los mesenios.

Peró luego que pasó el tiempo de Homero y Hesiodo se aumentó

el gusto á la poesía, y salieron unos nuevos cantores llamados *Rapsodas*, cuya ocupacion era cantar ó recitar en los juegos y fiestas públicas las composiciones de los poetas antiguos, comentar su mérito y explicar su doctrina. Algunos de estos fundaron escuelas, y recibían de sus discípulos el nombre de *Sofistas* ó instructores de la sabiduría. La mayoría de ellos, sin embargo, iba por las calles y las plazas de las ciudades populosas cantando trozos de la *Ilíada*, á la manera que muchos siglos despues se cantaron en Italia las estancias del *Ariosto* y de la *GENOVEVA LIBERATA*. Es un error conocido la opinion de los que creen que la *Ilíada* en su origen no era un solo poema ligado en todas sus partes, y que su forma actual es debida á *Pisistrato*, soberano de *Atonas*, que lo reunió; pero es mucho mayor error el de los que creen que *Homero* tomó su *Ilíada* de los rapsodas, cuando lo que estos hacían era recitarlos por mandato de *Hiparco* en los *panateneos*, que era la fiesta de la diosa tutelar de la ciudad. La *Ilíada* es un poema que tuvo por objeto shogar entre los griegos una discordancia fatal, escitándolos al heroísmo por el espectáculo de los altos hechos de sus antepasados.

## III.

## SCALDAS.

Separándonos mucho de los tiempos de los profetas y de los rapsodas griegos, debemos creer que en una dilatada séria de años no habrán faltado en todas las naciones públicos cantores que enteluviesen á las gentes con sus poemas y narraciones, siendo éste también entonces el único medio de perpetuar las tradiciones antiguas á falta de los muchos y poderosos recursos que ahora tenemos para hacerlo. Pero la historia no los menciona hasta épocas algo cercanas á nosotros; pues que sólo aparecen hácia fines del siglo IX unos hombres llamados scaldas entre los septentrionales y sajones, y de los cuales vamos á hacer la siguiente reseña.

Los scaldas ó *púldores de la lengua*, según su significacion islandesa, eran unos poetas escandinavos que poseían todos los conocimientos que había en la nación, pues hacían de historiadores, con-



servaban las genealogías de las familias ilustres, y escribían en verso el panegrico de los héroes. No teniendo los escandinavos ninguna clase de libros hasta la mitad del siglo XI, y componiéndose toda su biblioteca de algunas inscripciones rúnicas y varios versos grabados en pieles de cabras ó varas cuadriláteras, suplían los scaldas esta falta con su memoria y tradiciones orales. Por esta causa, y por considerarse unos sacerdotes inspirados, gozaban de las mayores consideraciones y preeminencias entre los jefes de aquellos pueblos belicosos, y participaban hasta de los banquetes entre los miembros de la familia del rey. Montados sobre las mismas serpientes, como llamaban á las naves en su lenguaje enfático, cruzaban la mar, acompañando á los caudillos en sus expediciones y aventuras; celebraban

sus combates, honraban cantando su muerte, y trasmitían á la posteridad en sus *sagas* ó canciones las proezas de sus campeones esforzados que habían triunfado del enemigo ó que estaban en el *Walhalla*, paraíso destinado á los héroes que morían en la guerra. *Santolaf*, un rey escandinavo, llevaba á su alrededor cuatro scaldas en la batalla de *Stictarstadt*, y antes de principiar les dijo: «Colocaos cerca de mí para que podáis ver bien los altos hechos que habeis de cantar.»

El origen de su arte se atribuye á *Odino*, el Marlo de la Escandinavia, el conquistador y legislador del Norte; y según el *Edda*, libro de poesías mitológicas y cosmogónicas que contienen los dogmas religiosos de los escandinavos y otros pueblos septentrionales, *Odino* es el primero y el más antiguo de los dioses. En el diccionario poético de los islandeses le llaman entre otros nombres *el padre de los versos*; por esto el estro poético de los scaldas se reputaba allí como un don de la divinidad.

Los scaldas llevaban un traje peculiar suyo: en los principios iban cubiertos de una túnica corta de piel de oso y un manto negro de una tela gruesa; despues su ropaje fué enteramente talar y parecido al de los druidas, cubriéndose la cabeza con el mismo manto.

La poesía de los scaldas era de tres clases: sagrada, guerrera y de cantos satíricos, designados bajo el nombre de *Nidungy* etc. Unían la música á la poesía, y el instrumento con que se acompañaban era el *cruth* de los bardos, ó más comunmente el harpa, palabra gótica é instrumento de origen septentrional, traído á Europa por la irrupcion de los bárbaros.

El scalda, semejante al levita entre los hebreos, se encontraba al frente de las batallas animando á los combatientes con sus canciones y algaradas belicosas, produciendo en las filas el mismo efecto que ahora producen en nuestros ejércitos las marchas guerreras y el entusiasmo de nuestros himnos nacionales. No parece, dice *Pechio* (1), sino que en todas las edades y casi en todos los pueblos se ha necesitado siempre un estímulo poderoso que venza en el hombre el amor á la vida y la repugancia á quitársela á los demás. La música y la poesía, semejante á los licores, embriagan la mente.

Estos scaldas se refugiaron en Islandia en 874 con una colonia de noruegos que abandonaron las orillas del *Báltico* por la atroz tiranía de *Harald* rey de Noruega; y á ellos se deben algunas poesías y monumentos de los tiempos anteriores, que llevaron consigo al fugarse. Allí continuaron ofreciendo holocaustos de sangre á su dios tutelar, el dios *Tuon*, con su férrea armadura, emblema de la fuerza. Sigueron en correspondencia con los otros pueblos del Norte, y sus agas ó odas, que corrían de boca en boca, fueron el medio principal por el que se libertaron muchas noticias de la destruccion del tiempo; pues aunque los libros más antiguos que se conocen en caracteres rúnicos, parecen escritos unos dos siglos despues del principio de la era cristiana; pobres, y escasas memorias podían conservarse luego, ya en pieles ó cortezas de fresno, único medio de escribir conocido entre ellos, y que demuestra que antes de la era común los escandinavos y otros pueblos del Norte hacían poco uso de las letras.

Los celtas grababan también sus poemas en varillas cuadriláteras, poniendo una sola línea en cada lado. Las tradiciones poéticas de los escandinavos tuvieron mejor suerte que las de los druidas, que perecieron antes de perpetuarse con la escritura conocida.

Los anglo-sajones y daneses condujeron y dieron asilo á estos scaldas, los cuales continuaron en el país aun despues de la conquista por los normandos (1066). Sin embargo de no haber quedado de ellos más que un corto número de toscas composiciones, no puede dudarse de su existencia dilatada, primero como scaldas, despues como *Gleemen* (músicos en lenguaje sajón), y por último, confundidos como *Minstrels*, músicos, mimos y juglares, así llamados indistintamente en las historias y crónicas latinas, que con frecuencia los mencionan. De las dichas crónicas resulta que la profesion de scalda continuó en uso en Inglaterra, y que los reyes de aquellos pueblos, no solamente honraban esta ocupacion, sino que se creían ellos mismos honrados con protegerla é imitarla. Cantaba el grande gustaba ir siempre acompañado de muchos scaldas en sus expediciones, y él mismo cultivaba la música y la poesía á imitacion de otros reyes.

Estos scaldas, sin embargo de que continuaron hasta la conquista, y en el bajo pueblo hasta algun tiempo despues, su arte habia decaído de su primera y noble institucion, no tenían ya aquel respetable carácter de un scalda escandinavo, y terminaron por último con el desprecio de la opinion pública.

(Concluirá.)

MARTINEZ DEL ROMERO,

(1) *Storia della letteratura inglese.*

## ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

### CUADRO SEGUNDO.

#### ¡Cuando el río suena!

(Continuación.)

En VV. no han sido nunca jugadores, como yo por su bien lo deseo, difícilmente se harán cargo del silencio ansioso, del ardiente anhelo, de la atención intensa con que los puntos asisten á uno de esos lances decisivos, en que entra la banca y uno de ellos se lucha por la victoria definitiva. Cada *pinta* es un lance, cada *carta* una peripetia, y así se camina, de susto en sobresalto, hasta la catástrofe final, sin que se oigan mas que ahogadas interjecciones y el angustioso oca del agitado laborioso sobresaltado de lirios y troyanos.—Yo, sin embargo, estaba sereno, y no tanto por la costumbre de figurar en tales dramas y el desprecio que al dinero profeso, cuanto porque es dote mía sentirme mas frío y entero cuanto mas grave se hace la situación en que me encuentra. Mi único cuidado fué no perder de vista un solo instante ni los ojos ni los dedos del banquero, quien á pesar de sus esfuerzos casi sobrehumanos, no acertaba á ocultar por completo la desazón que aquella mi pertinaz y hasta insolente perseverancia en observarla le causaba.

Una ó dos veces fijó en mí sus ardientes profundas miradas, pero me vió tan tranquilo, tan dueño de mí, tan resuelto, sin duda, que hubo de comprender que se había dejado enredar en sus propios lazos, pues que un movimiento convulsivo en las manos, y un monerse continuamente los labios me revelaron su desasosiego.

Por su parte la jamona, viendo el lance en mal estado, y no atreviéndose á dividirme la palabra, porque el silencio era tal que se hubiera oído volar una mosca, como vulgarmente se dice, acudió á espulsióne menos ruidoso pero mas directo, girando hábilmente en su asiento de manera que desapareciese por completo la distancia que antes separaba nuestras rodillas. Parecióme diestra la manobra, pero como, si no aquella precisamente, esperaba ya alguna de su especie, correspondiéndole al interesado favor en cuanto la garantía podía exigirle, sin perder para ello de vista el entonces privilegiado objeto de mi atención, las manos del banquero. Con todo eso, hubé de volverme á pagar siquiera con una mirada rápida al par que eterna, la gracia que se me dispensaba; y el viejo, al parecer dotado de la *doble vista* de algunos barros del Norte, quiso aprovechar la ocasión, corriendo con destreza suma un caballo que venia á hacerme legítimamente dueño de su dinero.—Advertido yo, pero dejé espasmodicamente tirar las dos cartas, es decir, la mia y la que la ocultaba; y cuando él muy tabur respiraba con dolencia, sujetéle el brazo izquierdo con mi mano derecha, y en el tono mas cortés del mundo, le dije:

—Perdone V., pero ha tirado dos cartas á un tiempo.—Y diciendo y haciendo, descubrí con gran exactitud el eclipsado caballo.

No hay golpe de teatro que produzca en el público asombro tan grande, como el que mis palabras y acciones causaron en los circunstantes todos. Un murmullo de admiración y de ira salió de entre los puntos; el banquero se quedó helado é inmóvil como si súbitamente se hubiera petrificado; mi jamona retiró su rodilla cual si un áspid la picara; y la dama joven apenas pudo á duras penas sofocar un ¡Ay! salido de lo mas hondo de su pecho.

Ya solo, porque tenia previsto aquel desenlace, permanecí frío espectador de tal escena, aguardando á que el viejo recobrase su presencia de ánimo, lo que aconteció luego, porque en aquel hombre la fuerza de voluntad era grande.

—El dinero es de V.! me dijo al cabo de algunos segundos, doblando la baraja, y lanzándame una mirada de tigre.

Entonces, señores, mas por orgullo que por generosidad, hice que cada punto recogiese lo que habia jugado contra mí en aquel albur, y anonotando el resto del dinero, volvíme hácia la jamona, que pálida como un cadáver me miraba con ira, y dije:

—Espero que estas señoras me harán el honor de aceptar barato de mi mano, guardando ese dinero para comprarse un par de guantes.

Levantáme sin esperar respuesta, trabé del brazo á Mendoza, y sin mas despedida que un: *buenas noches, caballeros*, mercedalmente dicho, di en la calle conmigo y con mi asombrado compañero.

—¿Está V. loco? me dijo éste. ¡Ni siquiera desquitarse!—La jamona vale el dinero, le respondí.—Y la joven mi Potasi, me replicó.—Bien, repuse, con eso nos auxiliaremos.—Está dicho.—Está dicho.

IX.

Calaveradas.

Habia, sin duda alguna, nuestro amigo Alfonso informando al brigadier Sotopardo del carácter bilioso de don Diego, y tenía el segundo ganas de oír al último, pues apenas nos habíamos reunido la tarde siguiente, cuando le dijo:

—¿Qué le va pareciendo al señor don Diego de mi historia?

—Francamente, contestó el Aristarco de nuestra sociedad, la primera tarde me ha parecido el cuento sobrado prolijo en las consideraciones morales; y aunque la segunda me ha interesado algo mas, creo, en conciencia, que pudiera V. habernos aborrido y aborriese á si mismo no poca parte de su relato, y sobre todo, economizar las veces técnicas de los gazapones.

*Don Asuncio.* No soy de su opinion de V.—Don Carlos ha debido, una vez resuelta á confiarnos la historia de su vida, darse en primer lugar á empuer moralmente; y en cuanto al garito, yo creo que como el juego es el vicio acaso dominante en España, y en todas partes el de mas funestas consecuencias, gentes que, como nosotros, se reúnen aquí para dedicarse al estudio de las costumbres, si bien en una forma amena y en la apariencia fútil, no puedan menos de hacerse cargo de todos los aspectos que aquel cáncer social presenta.

*Don Diego.* Pero, señor, ¿qué tienen que hacer el vejete tramposo del garito, ni las dos niñas pícoras que flecharon al brigadier y á su compañero Mendoza, con el embrolladísimo cuento que ya Alfonso tiene pendiente, y en que V. mismo, amigo don Antonio, ha echado su correo á espaldas? ¿No fuera mejor, y sobre todo mas claro, que terminásemos un asunto antes de pasar á otro?

*Alfonso.* Un poco de paciencia, amigo mio, y V. verá qué no vamos tan descominados como parece.

*El Redactor.* En todo caso creo que lo conveniente es continuar nuestra jornada, porque el café está servido, la chimenea ardiendo, y la sociedad reunida.

*Don Antonio.* Ya lo está V., señor don Carlos, sientese y manos á la obra.

*Sotopardo.* Algo, pues, que Mendoza, hombre de mejor todole que claro entendimiento, habló del garito completamente enamorado de la joven, y yo anejato y no mas de la jamona; pero en aquella época eran en mí los anteojos tan poderosos y vehementes, como en otros las mas hondas pasiones. A mayor abundamiento, la manera dramática en que hice conocimiento de aquella mujer, fué un cebo mas para mi deseo, y cebo que contribuyó no poco á lanzarme en desfiladísimo camino. Pasamos el día siguiente á la noche de que tan largamente he hablado á VV., en un estado de febril impaciencia, cogiendo los minutos, que nos parecían siglos, hasta las ocho de la noche, hora de la partida; porque en aquella época todavía no comenzaban tan tarde como ahora las reuniones. Llegó el espasmodico momento; Mendoza y yo nos dirigimos á paso de carga desde el café á la calle de la Sarten; y llegados á ella, subimos de dos en dos los peldaños de la sueta escalera del garito. ¡Cuál seria nuestra sorpresa al oír de menos la campanilla del consabido cuarto! Cayéronse á Mendoza las alas del corazon; y ya comenzaba á bajar la escalera con aire contrito, cuando yo, mas impaciente, si bien menos enamorado, di en aporrear la puerta con la contera del sable, produciendo un estrépito capaz de despertar á los siete durmientes, si en aquel barrio regosaban. La primera salva, que duró como dos minutos, fué completamente inútil; mas no por eso me di por vencido, antes, volviendo á la carga segunda y tercera vez, conseguí, no que se abriese la cerrada puerta, sino poner en alarma y sobresalto á la vecindad entera.

Vanamente me suplicaba Mendoza que nos retirásemos: yo tenia mi plan y estaba resuelto á llevarlo á cabo.

En efecto, los vecinos del piso principal, temiendo sin duda que ibamos á desmoronar el edificio, salieron á decirnos que no habíamos nadie en el cuarto á que llamábamos.

—¿Cómo que no habita nadie! (esclamé yo). Anoche hemos estado aquí de tertulia.—Buena está la tertulia! gruñó entre dientes un vejezuelo, que en calzoncillos de bayeta amarilla, gorro de algodón blanco, y envuelto en una capa parda, figuraba en el grupo de los vecinos.—Buena ó mala, repliqué yo, á V. ¿qué le importa, paisano? Anoche habia aquí gente. ¿Se han mudado esta mañana?—Se los han llevado, me respondió con agritud una mujer, que según las trazas, debía de ser el ama de gobierno del hombre de los calzoncillos.

—¿Cómo! (esclamó Mendoza) ¿Se los han llevado! ¿Y quién?—El señor alcalde del cuartel, replicó el ama de gobierno con satisfacción visible.—¿A dónde? pregunté yo.—A la cárcel, respondieron en coro los vecinos.—Vamos, compañero, grité entonces; y lanzándome con Mendoza escaleras abajo, creo que derribamos á dos ó tres de aquellas honradas gentes, según los alaridos, imprecaciones y de-nuestos que á nuestra espalda se oían; pero yo, sin curarme de otra



cosa que de la idea que me preocupaba, me vi en breve en la calle, tirando de Mendoza, no menos asombrado que los otros de mi estraña precipitación.

«Si creen VV. que al oír que estaban en la cárcel el banquero y las dos damas, dando el negocio por perdido, me apresuré á salir de la casa de la calle de la Sartén solo por libertarme de las harto justas quejas de sus inquilinos, se engañan grandemente; porque mi descomulgada cabeza había instantáneamente formado un proyecto desahogado en la esencia, aunque lógico, atendida la obstinación y violencia de mi carácter.

«La verdad es que me había propuesto ver aquella noche á la *juvena*, y me era indiferente que fuese en su casa ó en la cárcel. A la de *Cólte*, pues, dirigí mi carrera, y en pos de mí arrastré al caído Mendoza, que en su asombro, ni acertaba á resistir á mi locura, ni aun á proferir palabra.

*Don Diego.* Pues dígame á V., señor brigadier, que era entonces todo lo que se llama un calavera.

*Sotopardo.* Aguarde V. un poco, y lo diré acaso con mas fundamento, por desdicha mía.

«Aunque precisamente á las ocho de la noche era la hora en que se cerraba entonces la entrada á la cárcel, por respeto al uniforme consintió el alcaide recibirnos en su cuarto, para responder á las preguntas importantes que dije tenía yo que hacerle. Pero cuando echó de ver que se trataba simplemente de satisfacer una curiosidad, al menos intempestiva, y que ignorábamos hasta el nombre de las personas por quienes nos interesábamos, el bueno del hombre se encastilló en su obligación, y aunque con excelentes modales y mil urbanas atenciones, trató de ponernos de patitas en la calle.

«Rumor me causa referirlo, pero la verdad histórica lo exige: en vez de comprender la razón que al alcaide asistía, me impacientaron sus juiciosas réplicas, y fui subiendo tanto el tono en las mías, que llegué á las amenazas, y es posible y aun probable que llegara á las vías de hecho, si Mendoza, mas prudente que yo, no interviniera pronto en la disputa en calidad de conciliador. Secundóle el alcaide mismo que, como perro viejo que era, y acostumbrado á lidiar por su oficio con lo peor de cada casa, hubo de comprender que yo estaba dispuesto á intentar todo, y celebrando una especie de tregua momentánea, díjome á la cuestión nuevo y mas pacífico giro, poniéndola en el terreno de las mútuas concesiones. Entonces acudi al expediente por donde quizás debiera haber empezado: á la llave del oro; pero ya era tarde: encontré inflexible al carcelero madrileño.

«Como era natural volví á enfurecerme, y á su vez el alcaide á replicarme con mas acritud que lo hizo en la primera disputa: perdí los estribos, con lo que yo llamaba su insolencia, y ya iba á ponerle la mano, cuando apareció en la estancia en que estábamos el oficial de guardia, seguido de algunos números de la misiva con sus correspondientes armas.

«El bueno del alcaide había hecho conmigo el humilde solo para dar tiempo á que le llegase aquel refuerzo, enviado á buscar por él sin que yo lo advirtiese.

«Mandaba la guardia de la cárcel de *Cólte* aquella noche un oficial procedente de la clase de sargentos, cuyo bigote canoso daba claro testimonio de haberle costado su modesta charretera mas años de servicio que los que yo de edad tenía entonces. Toda su ciencia se reducía á saber de memoria la táctica y la ordenanza, y siendo honrado, bueno y humano, hubiera creído, sin embargo, pecar mortalmente y hasta deshonrarse, relajando en solo un ápice la aplicación literal de su consigna.

«Otro oficial de mas mundo hubiera tratado, por espíritu de cuerpo siquiera, de transigir el malísimo trance en que mi locura me había puesto: mas él, sin faltar al respeto que debía á mis dos charréteras, no solo me obligó á salir de la cárcel en el acto, sino que pidiéndome el nombre, que yo por de contado no le negué un solo instante, redució y dió á los gefes de la plaza una parte circunstanciada de aquella ocurrencia.

«Lo árido que de su inflexibilidad acertaron á conseguir las súplicas del alcaide unidas á las mías, fué que no hiciese en su parte mención de Mendoza, quien, en efecto, lejos de haber tratado como yo de atropellar al funcionario público, procuró, aunque en vano, oponerse á mi necia cólera.

«En resumen, salió de la cárcel, ya comprometido en un mal paso, y lo que yo mas sentía, ignorado completamente lo que saber desecaba.

«Creerán VV. que me daría por satisfecho con la primer calaverada? Nada de eso: aquella misma noche, recorriendo cuantos garitos conocía, é interrogando en ellos á los jugadores mis conocidos ó no, llegué por fin á adquirir algunos datos con respecto á las personas cuyo paradero me había propuesto averiguar á toda costa.

«Quiso, pues, mi mala estrella que diese con cierto capellan de quien facultativamente creo haber hecho mención, aunque muy lige-

ra, al hablar á VV. del garito de la calle de la Sartén. Aquel mal sacerdote era uno de tantos clérigos bandoleros, que ordenándose, Dios sabe cómo, sin mas vocación que la de vivir en la posible holganza, hacen vil granjería de su santo ministerio, y desacreditan á un tiempo el altar que sirven y la clase á que pertenecen.

«Aunque no vivo todavía en la época á que me refiero, había el tal capellan corrido la *Ceca* y la *Meca*, y siempre por malos caminos, siendo unas veces clérigo nómade de los de misa y olla, capellan de cuerpos francos otras, y en fin, ejerciendo igual cargo en la marina de guerra, de la cual fué despedido por sus malas mañas.

«De aquel hombre, pues, supe que el viejo banquero que en Madrid se pasaba por un *don Juan de Retama*, intendente jubilado, era realmente ex-oidor de Filipinas y se llamaba don Fadrique de Vargas.

*Don Diego.* ¡Ojalá! ¡Con que el bueno de don Fadrique había venido á parar en la tumba!

*Don Antonio.* Fueron tantos y tales los despallarros, escándalos y fechorías de su vida en Manila, que depuesto de su destino, pobre y despreciado, llegó á España bajo partida de registro en el reinado de Carlos IV, sin que le fuese posible obtener colocación alguna hasta el año de ochó. Entonces se declaró don Fadrique, mas por hambre y deseo de venganza que por otra cosa, partidario de los invasores de su patria, y obtuvo una plaza de oidor en uno de los tribunales por José Napoleon establecidos. A consecuencia de la batalla de Vitoria emigró á Francia; mas por razones que á su tiempo sabrán VV. cometió la temeridad de regresar á España bajo el supuesto nombre de don Juan de Retama: lo demás don Carlos nos lo irá diciendo; sin duda, y lo que él ignora ó olvida, quizá podré yo suplirlo.

*Sotopardo.* En efecto, el capellan, que había conocido á Vargas en uno de sus viajes á las islas Filipinas, me refirió, circunstancia mas ó menos, lo mismo que el señor don Antonio ha dicho á ustedes; añadiendo que la jaimona era ó pasaba por ser su esposa, y madre de la jóven de quien Mendoza está ahora prendado. Llamábase entonces la primera *Antonia*, y era *Matilde* el nombre de la segunda.

«Oficial será para los que no recuerden muy bien el estado de la opinión pública en la época á que me refiero, comprender el efecto que causó y causar debía en mi espíritu el saber que, no solo había asistido á una reunion en casa de un *afrancesado*, sino que por él, en la apariencia, llegó mi locura hasta á querer atropellar al alcaide de la Real cárcel de *Cólte*.

«España había obrado en la guerra de la Independencia obedeciendo el impulso de un noble y generoso sentimiento, lanzándose inerte, en desorden y sin gobierno, á luchar contra el vencedor de la Europa entera; y los *afrancesados*, por favorablemente que juzgáseles quiera, ahogaron, cuando menos, aquel heroico sentimiento, bajo el peso de razones pódrosas quizá, pero al cabo razones frías y no otra cosa. Yo quisiera creer y creo, que la idea de hacer traición á su patria estaba muy distante de los mas de aquellos infelices que sirvieron al usurpador: yo no les niego ni la ilustracion superior, ni los buenos deseos; pero el hecho es que de parte de los defensores de la independencia de España, están y estarán siempre todas las almas generosas.

«Como quiera que sea, *traidor* y *afrancesado* eran palabras sinónimas en el tiempo á que aludo, y desde el Rey hasta el mas oscuro de los españoles, todos estábamos entonces de acuerdo, ya que no en perseguirlos encarnizadamente, que era sin embargo el sentir comun, al menos en evitar con ellos todo contacto. En consecuencia, amigos míos, confieso á VV. que pasé una noche mas que inquieta, y que cuando á la mañana siguiente recibí una orden para presentarme en casa del Gobernador de la plaza, hubiera dado de buena gana cualquier dinero por no haber ido jamás á la calle de la Sartén, y mucho menos á la cárcel de *Cólte*. Pero la cosa no tenía remedio: la locura estaba ya hecha, y hubo de resignarme á sus inevitables consecuencias.

«Quiso, empero, mi buena suerte que el General Gobernador entonces de Madrid, me conociese ya por haber yo servido á sus órdenes en el ejército, y que á mayor abundamiento tomase en consideración la amistad que en su juventud le había unido con mi difunto padre; resultando de todo ello que, después de oír la franca confesion que le hice mi atropellado proceder le hice, y de reprimendome severa pero caballerosamente, limitase el castigo á imponerme quince dias de arresto en mi propia casa; y bajo mi palabra de honor de observarlo escrupulosamente.

«Acaso parecerá á VV. que un arresto, sin mas garantía que la palabra del penado mismo, es un castigo ilusorio; mas yo les diré que ninguno me parece tan eficaz, severo y conducente á conservar en la militia el espíritu caballeresco y el pundonor *poético*, págeme VV. la palabra, de que tanto necesitan los ejércitos. Porque, en verdad, el oficial que semejante arresto quebranta, destruye su propia reputacion, mientras que aquel que en algo estima su fama, mas

preso está por su palabra, que si mil centinelas le pusieran. En la Prevención de un cuartel, como en los pabellones de un castillo, la astucia lucha con la fuerza, y ya la maña del arrestado, ya la complacencia de un compañero, cuando no la venalidad de un carcelero, facilitan las escapatorias: mas cuando el oficial pundonoroso ha merecido, para quebrantar el arresto, pisar su propia honra, entonces creo que ni por evitar la muerte fallará á lo prometido.

**Don Diego.** Por Dios, señor don Carlos, que eso es un comentario á las leyes penales del ejército, y aquí no somos competentes en la materia.

**Sotopardo.** Verdad es que me he dejado arrastrar por el afecto á mi honrosa profesión: hagan VV. cuenta que nada he dicho, y volvamos á la pendiente historia.

»A pesar de lo asiduamente que Mendoza y otros amigos me acompañaban en mi arresto, confesaré á VV., no sólo que al tercer día estaba ya aburrido, sino que non la falta de distracción y ejercicio, mi malhadado antojo por la jamona fué sucesivamente creciendo de punto hasta frisar en los límites de una pasión, no diré sentimental, pero á lo menos ardiente. Y si tales eran mis naturales disposiciones, no contribuía por alerto á combatir las Mendoza con sus sentidas elegiacas quejas por la ausencia y desaparición de la que le habia flechado.

»Pero yo no podía salir de casa; y mi compañero, de suyo tímido, irresoluto, tórpe, y además almorzando por el escarmento que en mi cabeza tenía, no acertaba á darpaso útil para la averiguación del paradero de nuestras Dolémeas.

»Tal era nuestra situación al auochecer del cuarto día de mi arresto: Mendoza, sentado al brasero, con la cabeza baja y las manos cruzadas, cavilaba melancólicamente, mientras que yo, pasándome inquisito por la estacada, me daba á todos los diablos del infierno, cuando uno de mis asistentes entró y puso en mis manos un billete cerrado con lacre, pero escrito en malísimo papel y con caracteres ligeros de figurar en cualquiera antiquísima paleografía.

»¿Quién ha traído esto? pregunté sin abrir el billete.—Una vieja, mi capitán, respondió el soldado.—¿Esperas respuesta?—No señor, se ha marchado.—Respondiendo así, fuése el asistente; yo arrojé el billete sobre la mesa, creyendo sería de alguna de las infinitas mafas parásitas que lloraban mi ausencia y cautividad, y volví á continuar mi paseo.

»Mendoza, sin embargo, porque es curioso como una monja, después de darle al billete unas cuantas vueltas entre los dedos, me dijo:—¿Por qué no abre V. esta carta?—Porque, le respondí, sé de antemano lo que dice.—¡Ah! escuchó mi buen amigo: ¿grande sabe V. lo que dice?—Si por cierto, repliqué; dirá que me echan de menos, que no pueden vivir sin verme, etc. etc. y se habrá escrito probablemente á presencia del que me acompaña.—¿Que cosas lievo V. l. ¿Por qué no ha de ser sincero el sentimiento que dirá esta carta?—Por la sencilla razón de que la mayor parte de las mugeres carecen de sentimientos sinceros.—¡Allá va eso! ¡Polices mugeres, y cómo las estimamos! Las hay malas, no lo niego, pero también hay muchas muy buenas: por ejemplo...—La Matilde ¿Verdad, compañero?—¿Y por qué no? Con aquel rostro angelical, aquel aire candoroso...—Y la educación de un garito, añada V., debe de ser un angel.—Difícil es, pero no imposible.—Diuaventurados los que así creen exclamé con trémica risa, y por entonces cesó la conversación entre nosotros.

»Mas el demonio de la curiosidad aguijoneaba de tal suerte á Mendoza, que sin ser poderoso á co fonerse, tantó poco en insistir de nuevo y con tantas veras en que leyese el billete en cuestión, que, por no oírle, le dije que lo abriera el mismo.

»Apenas lo hubo pronunciado, cuando el sello estaba roto, el papel desdoblado, y la vista de mi compañero redobándose en su contenido. Óigame VV., pues que, como ven, lo conservo, y luego podré deleitarme con su ortografía, que es por lo original á lo menos, digna de particular aprecio.

»Dice así:

«Señor de Zotopaldo: zu generozá de usted, y el paso imprudente que dió en favor de á.ª familia desgraciá, le an conquistó el avarage de una Moquer ha quien no mira con malos ojos.—Ella zabrá agradecersele algun día.—No aga usted ná por eza familia; y espere y tenga fé, que todo ze compodrá con el tiempo.»

»Sin necesidad de grandes esfuerzos de ingenio comprendí que tal billete no podía ser de otra persona mas que de mi jamona; y aunque, como VV. han visto, en vez de sanar de dudas, sólo contribuía á acrecentarlas, confieso sin rodeos que casi me causó tanto placer su lectura, como al mismo Mendoza, el cual, como realmente examinado que estaba, creyó ya ver el cielo abierto ante sus ojos. Mas pasados los primeros momentos, y mucho mas cuando víamos transcurrir un día y otro, sin que al tal billete siguiese ninguna otra, tanto Mendoza como yo llegamos á figurarnos que la jamona

habia tratado simplemente á de darme las gracias por mis buenos deseos, ó de burlarse de mi capricho por ella.

»Era, entre tanto, notable que, presa aquella muger, hubiese llegado á saber mi expedición á la cárcel de Corte, el arresto que sufría á consecuencia, y lo que es mas, la casa en que habitaba. Si la ortografía del billete es tal como VV. la han visto, en España la mayor parte de las mugeres tenían entonces una personalidad, y no mejor por cierto; y en cuanto á las bases y concepto, justo será confesar, que si no dignos de elogio, no ofrecen tampoco causa para que se censuren.

»En estas y otras análogas conjeturas empleamos Mendoza y yo muchas de las largas horas de mi arresto, que ya tocaba á su término, faltando tres días solos para el de mi libertad, cuando un fin recibí; y entonces por el correo, una segunda carta del mismo paño y letra que la anterior. Reducíase su contenido á decirme que el miércoles próximo, día en que salía del arresto, me hallase una hora después de anochecido y solo, en la plazuela de Santo Domingo, y siguiese á la persona que me mostrara un pedazo de cinta azul celeste igual á otro que por muestra me remitían. Dejó de encarecer, por parecerme inútil, los estremos de Mendoza, al oír que yo deba de ir solo, y el trabajo que me costó consolarme con la promesa de emplearme eficazmente en su obsequio; y tampoco diré gran cosa de la impaciencia con que aguardé el suspirado momento de la cita. Aunque perexoso para mis deseos, llegó el miércoles: sañ á dar las gracias al General Gobernador, con Mendoza, y apenas se ocultaba el sol en el occidente, cuando, vestido de paisano, y embozado en mi capa, ya me dirigía á la plazuela de Santo Domingo. Mas de hora y media hice de centinela; al cabo de la cual se me acercó una vieja, que después de reconocermelo profrijamente, llamándome por mi nombre, me enseñó la cinta consabida. Seguí en dirección á la calle Ancha de San Bernardo, y en la esquina de la de la Estrella recogí un coche de alquiler, en el cual entramos ambos. La vieja levantó las persianas, el Simon echó á rodar, y después de unos quince á veinte minutos, paramos á la puerta de una casa de modesta apariencia, en una calle que la oscuridad de la noche no me permitía reconocer de modo alguno.

»Llamé mi conductora en el primer piso, abríquese instantáneamente una puerta invisible, entré, volvíase á cerrar la puerta, la mano invisible asió la mía, y guíandome en la oscuridad, porque en tinieblas estábamos, fui llevado sin poder ni escuchar palabra, hasta el pie de un sofá, en el cual, con dulce violencia me obligaron á sentarme.

(Continúa.)

PARTE DE LA OSCURIDAD.

## CANTOS POPULARES DE DINAMARCA.

### INFANCIA.

Hubo un tiempo en que era yo muy pequeño; no tenía mas de dos pies de alto. Cuando pienso en aquel tiempo derramo dulce llanto, y pienso en él con frecuencia.

Jugaba en los brazos de mi tierna madre, y me montaba á caballo en las rodillas de mi abuelo; no conocía ni turbación, ni fastidio, ni sentimiento, ni mas ni menos que el dinero, el gineo ó Galates.

Me parecía que nuestra tierra era mucho mas pequeña y menos mala. Veía brillar cual chispas las estrellas, y hubiera deseado tener alas para ir á cogerlas.

Veía á la luna bajar hácia la isla, y decía: ¡por qué no he de estar yo en aquella isla! Así vería cómo es la luna de grande, redonda y bonita.

Veía al sol de fiero sepultarse al occidente en el dorado seno del Océano, y por la mañana temprano salir por el oriente y cubrir de púrpura la superficie del cielo.

Pensaba en el Dios generoso que me há criado á mi y á ese sol hermoso, y esas líneas de ástros celestes que rulebrean bajo sus manos de un polo á otro.

Con mi devoción infantil, mis lábios murmuraban la oración que me había enseñado mi piadosa madre: ¡Oh Dios mio, decía, haz de modo que me esfuerce yo siempre para ser juicioso, bueno y obediente á las preceptos!

Oraba por mi padre, por mi madre, por mi hermana, por toda la ciudad, por el rey, á quien yo no conocía, y por el mendigo infortunado que pasaba suspirando por delante de mí.

¡Han huido, han huido aquellos días felices de la infancia; mi tranquilidad y mi reposo se han marchado con ellos, no quedándome mas que el recuerdo ¡Dios mio, hazced que no te pierda nunca, nunca!

SOLUCION DEL CEROGÍFICO PUBLICADO EN EL NUMERO 21.

Sobre lo que no nos toca punto en boca.

MADRID. Imprenta del SEMANARIO PINTORESCO, á cargo de D. G. Alibonilla.